

Sonríeme, a ver qué pasa

Marta Hontecillas



Capítulo 1

CAPITULO 1

Capítulo 1

Todo a mi alrededor pedía a gritos un poco de silencio.

Tranquilidad.

Eso es todo lo que necesitaba.

Estaba harta de escuchar continuamente qué era lo que debía hacer. Como si no lo supiera ya. Conocía de memoria la historia de mi vida sin ni siquiera haberla vivido. Y es que desde pequeña había escuchado frases como: "Recoge tu cuarto", "Estudia, es por tu porvenir" ... Así que a estas alturas ya sabía incluso quién debía ser el padre de mis hijos.

El problema llegó esa noche. Cuando reuní el valor suficiente para decirle a mi madre que mi futuro no sería al lado de un hombre. Vi la decepción en sus ojos cuando se lo dije. Se echó las manos a la cabeza y empezó a gritar y a llorar, -"qué desgracia, Dios mío"- murmuraba mientras yo salía de casa dando un portazo para demostrar mi enfado.

El suelo estaba mojado a causa de la lluvia y hacía un frío terrible ahí fuera. Las calles estaban vacías y yo disfrutaba del suave balanceo del columpio que poco a poco me transportaba a un mundo imaginario dentro de mi cabeza.

Habían pasado ya dos horas cuando desperté del trance en el que me había sumido, imaginando una realidad sin padres, sin obligaciones, sin gente a mí alrededor condicionando mi existencia y sin un instituto al que volver la mañana siguiente.

Sentada en un banco, a escasos metros de mí, había una chica, su cara me resultaba familiar, pero no lograba recordar de qué la conocía. En cualquier caso, eran las dos y media de la mañana y algo debía haberla pasado para estar en un triste parque a esas horas de la madrugada. La curiosidad invadió mi mente y decidí acercarme a preguntarle qué era lo que le pasaba. A medida que me acercaba a ella mi corazón latía con más fuerza y empecé a temer que pudiera oírlo. Tal vez no era buena idea. ¿Me habría gustado a mí que ella hubiera perturbado mi trance? Claro que no. Pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. Mientras yo me perdía entre absurdas cavilaciones acerca de si debería o no hablar con ella, mis pies ya me habían llevado allí.

Me senté a su lado y ella me miró. Me miró de la misma forma en que se mira a un avión a punto de estrellarse, me miró con la extraña certeza de que sería yo quien despejaría todas sus dudas. Pero no sé fue, ni se mostró asustada. En sus ojos podía ver la intriga y el miedo. Que por otra parte eran emociones bastante lógicas para la situación.

- No pretendía asustarte- acerté a decir cuando ella bajó la mirada.
- No lo has hecho. De algún modo sabía que acabarías acercándote- intentaba parecer segura de sí misma, aunque la voz se le quebró en el último segundo.
- Estoy segura de ello. Me ha resultado inevitable fijarme en ti, tienes la mirada triste. Solo quería asegurarme de que estabas bien. No era mi intención molestarte. - dije. Y me levanté,- Aunque supongo que ya va siendo hora de volver.- Hice un gesto amable con la cabeza y me dispuse para volver.
- ¡No, espera!- aunque levantó el tono, su voz seguía siendo muy débil- ¿Podrías quedarte conmigo un rato?- la pregunta me dejó descolocada. ¿Qué se suponía que significaba eso?-
- ¿Esa no es la clase de pregunta que se le hace al amor de tu vida cuando está a punto de subirse al tren que le llevará de vuelta a casa?
- Tal vez. Es solo que no quiero volver a casa todavía. Tengo la cabeza llena de monstruos, y me dan mucho miedo.- le tenía un miedo horrible al pasado, y eso despertó mi lado más humano.
- ¿Y qué te hace pensar que yo no soy una de ellos? - dije con una mirada amable.
- Que tú aún no formas parte de mi pasado. Es posible que un día seas tú quien me atormente por las noches, pero por ahora me traes paz, y con eso me basta. -No sabía cómo interpretar todo aquello. Cada palabra que salía de su boca se clavaba en mi pecho como un suspiro de esperanza, estaba confundida. Eran el tipo de pensamientos que aparecían en la mente de una persona a punto de enamorarse de la chica que pondría su mundo patas arriba. Y yo no podía permitírmelo. Si algo había asimilado en mi vida es que cuando una chica empezaba a gustarme, siempre acababa descubriendo que tenía novio o no le gustaban las mujeres. Intenté apartar de mi mente esos pensamientos y respondí.
- Cuéntame tu historia.
- ¿Mi historia? - preguntó con la cabeza ladeada.
- Sí, nadie se sienta en un parque a las dos de la mañana por nada. Y nadie le tiene miedo a los monstruos sin antes haber descubierto que, a veces, ellos ganan.

Aquella noche fue memorable. Nos pasamos lo que restaba de luna hablando. Y es que resultó que a ella le encantaba hablar, y a mí, me encantaba escucharla. Pocas horas después, con la luz de los primeros rayos, me descubrí a mí misma hechizada por el brillo que se asomaba en su mirada cuando hablaba de algo que amaba, algo que inevitablemente, jamás volvería. Rápidamente volví a la realidad cuando recordé que la noche anterior me había ido y no había vuelto a dar señales de vida.

Acompañé a Elena a su casa y volví rápidamente a la mía, con la esperanza de que mi madre aún siguiera dormida y no se enfadase aún más cuando entrara por la puerta.

Tuve suerte.

Caminé con cuidado hasta mi cuarto y cerré la puerta sin hacer el más mínimo ruido. Me desvestí y me metí en la cama hasta que sonara el despertador que me avisaba de que era hora de ir al infierno. Cerré los ojos, y justo antes de quedarme dormida, la vi a ella.

A las 8:00 a.m. sonó el despertador. A penas había dormido un par de horas, pero me encontraba más enérgica que cuando dormía hasta altas horas de la mañana. Me levanté y fui a la cocina con la intención de desayunar un trozo de pizza que había sobrado la tarde anterior, cuando le vi. Era mi madre, estaba sentada en una silla con los ojos llorosos, sostenía una taza de café en una mano y una flor de azalea roja en la otra. En aquel momento me sobrevino un recuerdo de mi infancia. Cuando era pequeña mi madre solía pasarse horas hablándome sobre el significado de las plantas. Decía que todas tienen algo que contarnos, creía las personas podían contar su historia a través de estos seres. Así, la azalea roja revelaba un deseo de venganza. Me senté a su lado y con aire desenfadado le dije:

- ¿De quién quieres vengarte? ¿No será de mí, verdad? Lamento lo de anoche.

- ¿Estás segura de que te gustan las mujeres?- podía esperar cualquier respuesta, pero desde luego esta no estaba dentro de mis planes. Vacilé.

- Estoy segura de que quiero ser feliz mamá. Y si encuentro esa felicidad en una mujer no dudaré en correr tras ella.- De repente volvió a mi cabeza la imagen de Elena. Era una chica preciosa, tenía la mirada sincera y una sonrisa misteriosa que me incitaba a hacerla reír solo para poder verla de nuevo. Era una chica triste. Pero eso ¿Qué importaba? Yo también lo era.

- La gente empezará a mirarte diferente si se entera, ¡a tus abuelos les va a dar algo!- en su voz se notaba el miedo. No sentía decepción como yo pensaba. Tenía verdadero miedo de que mi vida se viera perjudicada por mi orientación sexual. - Dime que nadie más lo sabe.

-Solo lo saben un par de amigas. - bajé la mirada, decepcionada, y añadí- Pero si te importa más lo que piensen los demás que lo que sienta tu hija...

No terminé la frase, cogí la mochila y me fui a clase. No quería decir nada de lo que al final pudiera acabar arrepintiéndome.

Pasé el resto del día enfadada, apenas hablé con nadie. Me limité a esconderme debajo de la capucha de mi sudadera negra y a escuchar música triste. Cuando sonó el timbre que indicaba que podía volver a casa

sentí como la angustia me recorría las venas y se acomodaba bruscamente en mi pecho. Debía enfrentarme a mi madre. Estaba dispuesta a hacerla entender lo que sentía. Estuve todo el camino buscando las palabras correctas. Y sin embargo, no volví a casa. Caminé por la arena hasta el banco donde había estado la noche anterior hablando con Elena. Por alguna razón no conseguía quitármela de la cabeza. Necesitaba volver a oír su voz. Sabía dónde vivía pero no tenía su número de teléfono. Durante unos minutos contemplé la posibilidad de ir a buscarla a su casa. Pero, ¿qué locura era esa? Cerré los ojos e intenté dejar de pensar en ella. Me resultó imposible.

Era tarde y debía volver a casa y enfrentarme a la realidad. Pero no quería tener que dormir ni una sola noche sin haber visto esa sonrisa. Así que saqué un papel y escribí:

"A la chica de la mirada triste, has convertido en tormenta este desierto, por favor, llámame, Airis". - Escribí mi número de teléfono en el reverso del papel y lo dejé en el banco.

Cuando entré al salón, mi madre estaba escribiendo algo en un cuaderno. Dejé la mochila en el suelo y dije:

- Mamá, tenemos que hablar, esto no puede seguir así. Necesito que me entiendas. Que me aceptes. Que me quieras tal y como soy. - Mi madre me miró enfadada.

- ¿Acaso crees que no te quiero? ¡Solo me preocupo por ti! ¡Vas a sufrir mucho por ser de esta manera!

- Voy a sufrir igual si tú no me aceptas mamá. Yo no elegí ser así. Yo no me levanté una mañana y decidí que quería esta vida. - Yo también me lo he negado muchas veces. - cogí aire y añadí- no sabes la de veces que me he mirado en el espejo esperando obtener una respuesta distinta. No sabes cuántas veces he tenido que fingir que me atraía el cuerpo de algún chico para que la gente no pensara mal de mí. Para que no me juzgaran. ¿Y sabes cómo me sentía? Me sentía falsa mamá, falsa, me sentía irreal, incomprendida, diferente, juzgada. Siento ser una decepción para ti. Pero ¿sabes qué es lo que más me duele? Que ni siquiera estaba mi madre ahí para decirme "no tengas miedo de ser tú misma, siempre que eso te haga ser feliz". Y tuve que decírmelo yo misma. - agachó la mirada y negó con la cabeza.

- Yo no quería que te sintieras así, yo solo quiero que sep...- no la deje terminar la frase.

- Sé que no quieres que sufra, ni que me pase nada malo mamá- le dije con la mirada tranquila.- Sé que en el fondo quieres que sea feliz, aunque no sea como tú pensabas. Y sé que con el tiempo incluso podré hablarte de la chica que me gusta.- Pero, ¿qué?! Acababa de asumir que estaba empezando a sentir algo por Elena. Y eso no debía pasar. Me fui a mi cuarto. Estaba confusa. Por una parte estaba enfadada con mi madre porque se negaba a aceptarme, pero por otro lado estaba desesperada

por volver a ver a Elena. En cuestión de un día mi mundo se había dado la vuelta y el pecho empezaba a dolerme. Aquella noche apenas dormí, empecé a dar vueltas en la cama pensando en si habría leído la nota o no. En que quizá se habría volado o que a lo mejor alguien habría utilizado el papel para envolver un chicle antes de tirarlo a la basura. Estaba empezando a volverme loca. Solo un par de horas hablando le había resultado suficientes para calarme hasta los huesos.

De repente se encendió la luz de mi teléfono, era un mensaje de un número que no tenía agregado en mi agenda. Era ella. Empecé a temblar, ¿qué debía decirle?

- Los monstruos no me dejan dormir.- ese fue su primer mensaje.
- ¿Estás segura de que quieren hacerte daño?
- Son monstruos. ¿Qué querrán si no?
- Todos somos un poco monstruos para el mundo hasta que nos dan la oportunidad de ser nosotros mismos.- Respondí con un toque cómplice-.
- Hablas como si les conocieras. Como si fuesen tus amigos de la infancia jajaja. – algo en mi interior esperaba que esa suave risa fuese real, que se hubiese dibujado una sonrisa en su rostro. Necesitaba que fuera así.
- Son mis mejores amigos. Un día tuve que resignarme a dormir con ellos y desde entonces me hacen compañía.- respondí con un aire sarcástico. Aunque en cierto modo era verdad.
- Estás loca.- “Por ti”, quería contestar.
- ¿Qué tiene eso de malo? Al menos he conseguido sacarte una sonrisa. ¿Verdad?
- ¿Eso es todo lo que quieres de mí? ¿Sonrisas?
- Podría acostumbrarme a ver una al menos cada día.
- Tuviste suerte de que la nota siguiera en ese banco cuando llegué.
- Tenía que intentarlo.
- ¿Por qué?- “Porque no he dejado de pensar en ti ni un solo segundo”- quería escribir. Pero era demasiado pronto para empezar a hacerse ilusiones con una historia para la que, con toda seguridad, no había hojas reservadas. - No todas las noches se conoce a alguien con quien poder compartir tus inquietudes.
- ¿Seguro que es solo eso?
- “No”- Sí, solo eso. Es tarde, mañana tengo que ir a clase.
- Ya... hasta mañana entonces. – puede notar la decepción en sus palabras, y de algún modo sabía que acababa de agachar la cabeza. Le había quitado la ilusión de algo, aunque no sabía exactamente de qué. Y no podía hacerle eso.
- ¿Qué haces mañana por la tarde?
- Nada, estudiar. ¿Por qué?
- Por nada, mañana estudiamos juntas. Descansa. – Y de algún modo intuía que en su rostro se había dibujado una leve sonrisa.